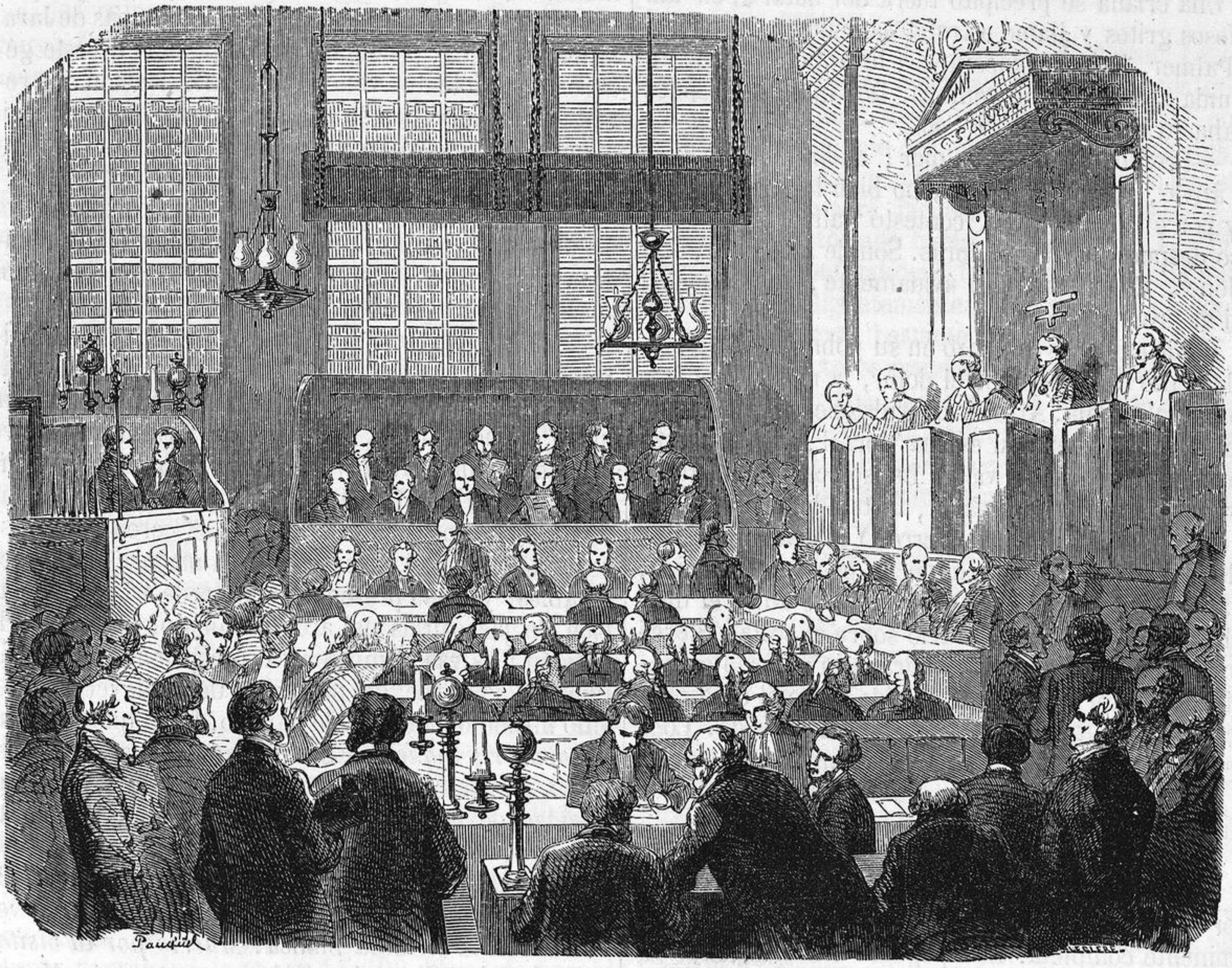
A media noche, habiendo quedado solo Cook, los criados del hotel se alarmaron con los grandes gritos que partian de su cuarto. Se precipitaron á él y le hallaron presa de una horrible crisis en lucha ya con la agonía.—¡Al asesino! gritó con rabia pidiendo al propio tiempo á Dios salvase su alma. Todo su cuerpo estaba agitado por espantosas convulsiones; sus manos, sus miembros completamente crispados. Pero, cosa singular, en medio de tales torturas, su inteligencia permanecia lúcida, pidiendo con insistencia que se llamara á Palmer. Palmer llegó. Cook entonces, siempre sacudido por violentos espasmos, con los ojos casi fuera de su órbita y la respiracion medio ahogada, gritó á Palmer no bien lo vió:—¡Me muero!—No, amigo mio; os vais á aliviar, respondióle Palmer, y le hizo tragar cierta droga que olia á opio.

La crisis se contuvo y reaparecieron los vómitos. Luego Cook se durmió y Palmer se retiró. M. Ramford llegaba y Palmer le hizo volverse, diciéndole que el enfermo no queria ser molestado.



William Palmer ante el tribunal central criminal de Old Bailey, en Londres.

El martes 20, Palmer escribió á un amigo de Cook, el doctor Jones, cirujano de Lutterworth, suplicándole venir cuanto antes; Cook, le decia, se hallaba padeciendo de grandes vómitos biliosos acompañados de diarrea.

El doctor Jones llegó hácia las tres y en presencia de Palmer examinó al enfermo. La atencion del doctor se fijó sobre la lengua de este, diciendo á Palmer:—«No hay en ella carácter alguno de afeccion biliosa.»—Por la noche hubo consulta entre los tres médicos, y cuando todos tres hubieron examinado al enfermo, Cook volvió hácia Palmer sus ojos suplicantes y le dijo: Sobre todo, Palmer, no mas píldoras ni medicinas vuestras por esta noche, os lo suplico.

Palmer permaneció impasible.

En la deliberacion de los tres doctores, Palmer no dejó por eso de insistir acerca de la continuacion de las píldoras. No le diremos de qué se componen, añadió, porque las teme; es inútil despertar en él los terrores que le han producido las que ha tomado.

Se combino, pues, en que Ramford confeccionaria las píldoras, pero siendo enteramente las mismas ya administradas, para lo cual Ramford marchó á la botica, Palmer se apresuró á seguirle, tomó el medicamento y se volvió al lado de Cook.

Presente el doctor Jones, el enfermo miró las píldoras, y arrojándose en su cama con aire espantado reusó tomarlas.—No, nada de píldoras: las otras me han hecho sufrir demasiado.—Palmer insistió y el pobre Cook se decidió al fin á tomarlas aunque con la mas visible repugnancia.

El doctor Jones se fué á cenar, pero estaba in-

(c) 2008 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación